

CAPÍTULO III

LA CONDUCTA MORAL COMO RESPUESTA DEL HOMBRE A LA LLAMADA DIVINA

1. Conducta moral y santidad cristiana

El análisis puramente filosófico considera la vida moral como un proyecto con el que el hombre pretende realizar, a través de sus acciones, el bien completo y definitivo de la propia vida. Hacia ese objetivo tiende enteramente la actividad de la razón práctica, que está en condiciones de realizar una “traducción” operativa concreta del fin último, individuando las prioridades, la medida y las modalidades con que deben ser deseados y realizados los diversos bienes y las múltiples actividades que integran la vida humana¹.

A la luz de la Revelación, comprendemos que el bien humano completo es asumido, purificado, elevado e integrado, mas no alterado, por la llamada a la santidad que se actúa en la configuración con Cristo. *La vida moral cristiana significa la activa búsqueda de la santidad, sostenida por la gracia del Espíritu Santo.* La natural capacidad práctica de la razón humana es enriquecida por el horizonte de sentido y de las concretas enseñanzas morales de la Revelación; y lo mismo sucede con las demás facultades operativas que el hombre posee naturalmente: estas son sanadas y elevadas por las virtudes cristianas. Toda la existencia moral puede ser así profundamente entendida como la respuesta del hombre al don divino que lo ha elevado –junto con los otros miembros de la comunidad cristiana y, potencialmente, junto con todos los hombres– a la dignidad de hijo de Dios en Cristo por medio del Espíritu Santo.

Conviene entender correctamente en qué sentido la vida moral cristiana se configura como respuesta a una llamada divina. En cierto modo, toda vida moral se relaciona con la llamada que Dios dirige al hombre –aunque este no siempre sea consciente de ello– a través del conocimiento natural y de su natural tendencia hacia el bien². Pero el cristiano tiene, además, una clara conciencia de haber recibido una comunicación divina que requiere correspondencia; se sabe destinatario de determinadas enseñanzas morales,

¹ Cfr. cap. II, §§ 1 b) y 2.

² Cfr. *Veritatis splendor*, n. 7.

que ilustran los caminos fundamentales de su respuesta. No hay que pensar, sin embargo, que cada una de las acciones singulares del cristiano sea la respuesta a un requerimiento divino de contenidos precisos e inequívocos. Más exactamente: el cristiano descubre la voluntad de Dios en cada situación concreta, porque ve en Él el origen y el fundamento de todo bien, y considera que el seguimiento de Cristo se actúa como un empeño obediente por realizar todo lo que es bueno, tanto si lo conoce a la luz de la razón natural (ley moral natural³), cuanto a la luz de la fe (ley evangélica⁴); aunque, en realidad, el cristiano actúa normalmente bajo la luz resultante de la colaboración de los principios cognoscitivos de las dos. Lo que nos importa subrayar es que *al cristiano no se le ahorra el esfuerzo activo y creativo de individuar el modo de conseguir la unión con Cristo a través de la propia vida y de las propias actividades.*

La tarea de la teología moral es, en este sentido, ayudar al cristiano a desarrollar este esfuerzo activo y creativo. En este capítulo solo podemos trazar algunas líneas generales, que ofrecen una visión sintética y dinámica de lo que veremos más adelante, desde un punto de vista analítico, a lo largo del libro y en la teología moral especial⁵.

2. La cooperación moral del hombre al don de Dios

Se puede afirmar en términos generales que toda iniciativa de Dios en relación al ser humano exige la *respuesta libre del hombre*⁶. *Incluso lo que hemos llamado santidad inicial supone ya una primera y fundamental respuesta del hombre: la libre acogida de la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, en la cual se realiza la justificación*⁷. No consideramos ahora esta perspectiva: lo que ahora interesa analizar es cómo la persona, mediante su vida y con la ayuda de la gracia, manifiesta y desarrolla convenientemente el don con que ha sido santificada y renovada.

La fe, a la que sigue la caridad y el deseo de llegar a la plena comunión con Dios (esperanza), debe fortalecerse cada día: *ni siquiera la santidad inicial puede considerarse una realidad indefectible.* Como escribe San

³ Cfr. cap. VIII, § 2.

⁴ Cfr. cap. VIII, § 4.

⁵ Indudablemente, muchos de los argumentos de este capítulo presuponen el conocimiento de conceptos como libertad, gracia, pecado, concupiscencia y otros que serán estudiados sucesivamente; resulta, sin embargo, conveniente ofrecer ahora una visión sintética, suponiendo que el lector tiene al menos un conocimiento genérico de estos temas.

⁶ Cfr. *Catecismo*, n. 2002.

⁷ Cfr. *Catecismo*, nn. 1991 y 1993.

Agustín, «todo procede de Dios; pero no permaneciendo nosotros como somnolientos, como reacios a todo esfuerzo, casi contra voluntad. Sin tu voluntad, en ti no se hallará la justicia de Dios. Indudablemente, la voluntad es tuya, la justicia es solo de Dios. La justicia de Dios existe sin tu voluntad, pero no puede existir en ti sin tu voluntad. [...] Quien te creó sin ti, no te justificará sin ti»⁸. Del hombre depende, en definitiva, la continua correspondencia al don divino, que se manifiesta en la decisión siempre actual de vivir, ante todo, como santo en Cristo⁹. Este deseo se realiza según dos líneas: alejar cuanto nos aleja del Señor y practicar cuanto nos acerca a Él.

Los Escritos Apostólicos distinguen estos dos momentos. La *Carta a los Efesios*, por ejemplo, los describe como “abandonar la conducta del hombre viejo” y “renovarse y revestirse de Cristo”; concretamente les exhorta a «abandonar la antigua conducta del hombre viejo, que se corrompe conforme a su concupiscencia seductora, para renovaros en el espíritu de vuestra mente y revestiros del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a Dios en justicia y santidad verdaderas»¹⁰. En la *Carta a los Gálatas*, el primer momento se considera como lucha contra los deseos de la carne; el segundo, como vida según el Espíritu¹¹. La *Primera Carta a los Tesalonicenses* pide a los fieles abandonar las pasiones y los pecados de los paganos que no conocen a Dios, y vivir de manera agradable a Dios buscando progresar siempre más¹². Y, en la *Carta a los Romanos*, indica: «No os amoldéis a este mundo, sino, por el contrario, transformaos con una renovación de la mente, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto»¹³. En definitiva, es necesario tanto el esfuerzo de luchar contra el pecado y el vicio, cuanto la práctica de las virtudes y el uso de los medios de santificación.

3. El aspecto negativo del comportamiento moral: «abandonar la conducta del hombre viejo»

a) La lucha contra el pecado

Al hablar del “aspecto negativo” de la conducta moral hemos adoptado un modo común de hablar, que ha de ser bien entendido. En la vida cristiana, la negación procede siempre de una afirmación previa y está ordenada a una afirmación ulterior y plena. Se ha escrito justamente que, en el anuncio cristiano, el pecado no es «un tema primario, sino un tema indirecto, reflejo: un tema que entra, obviamente, pero que no está en primer plano [...] Es

⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermo* 169, 11, 13: PL 38, 922-923.

⁹ Cfr. *1 Co* 1, 2; véase también R. SCHNACKENBURG, *El mensaje moral del Nuevo Testamento*, Herder, Barcelona 1991, vol. II, pp. 77-78.

¹⁰ *Ef* 4, 22-24.

¹¹ Cfr. *Ga* 5, 16-17.

¹² Cfr. *1 Ts* 4, 1-5.

¹³ *Rm* 12, 2.

necesario citar al menos la primera carta a los Corintios donde encontramos esta arcaica formulación de fe: “Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras; se apareció a Cefas y luego a los Doce” (*I Co* 15, 3-5). Aquí se hace una inmediata mención de los pecados, pero es puesta en segundo lugar, en función del hecho que Cristo ha muerto por ellos. La confesión de fe es Cristológica»¹⁴.

Esta consideración, lejos de desvirtuar la importancia del pecado, la subraya, colocándola en su justa perspectiva. El que vive en Cristo está muerto al pecado: «Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él [...] Porque lo que murió, murió de una vez para siempre al pecado; pero lo que vive, vive para Dios. De la misma manera, también vosotros debéis consideraros muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Por lo tanto, que no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal»¹⁵. Entre la vida del hombre en Cristo y el pecado existe una total incompatibilidad. El pecado se opone a la santidad de Dios y a la vida en Cristo, supone un “no” del hombre a la llamada divina; es el alejamiento de Dios que en Cristo se ha acercado y se acerca a nosotros¹⁶. Por eso *la lucha contra el pecado constituye la primera, radical e inmediata exigencia de la llamada divina a la santidad*.

Esta enseñanza resulta especialmente patente en las Cartas del Nuevo Testamento. Así, por ejemplo, lo recuerda San Pablo a los tesalonicenses: «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de la fornicación (*porneías*), que cada uno sepa guardar su propio cuerpo santamente y con honor, sin dejarse dominar por la concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios. En este asunto, que nadie abuse ni engañe a su hermano, pues el Señor toma venganza de todas estas cosas, como ya os advertimos y aseguramos; porque Dios no nos llamó a la impureza, sino a la santidad. Por tanto, el que menosprecia esto no menosprecia a un hombre, sino a Dios»¹⁷. No es menos radical la advertencia de la *I Carta de Juan*: «Sabéis que él se manifestó para quitar los pecados, y en él no hay pecado. Todo el que permanece en él, no peca. En cambio, el que peca no le ha visto ni le ha conocido. Hijos: que nadie os engañe. El que obra la justicia es justo, como él es justo. El que comete pecado, es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto se manifestó el Hijo de Dios: para destruir las obras del diablo. Todo el que ha nacido de Dios no peca, porque el germen divino permanece en él; no puede pecar porque ha nacido de Dios»¹⁸. Los que siguen a Cristo no pecan. Pertenece a la misma realidad de

¹⁴ R. PENNA, *L'apostolo Paolo. Studi di esegesi e teologia*, Paoline, Cinisello Balsamo 1991, p. 379.

¹⁵ *Rm* 6, 8.10-12.

¹⁶ Teniendo en cuenta la incidencia del pecado en la vida moral, le dedicaremos el cap. XI.

¹⁷ *I Ts* 4, 3-8.

¹⁸ *I Jn* 3, 5-9.

la filiación divina la ausencia del pecado. Pecar supone rechazar la filiación divina y herir el amor de Dios que la otorga como un don.

b) La tibieza como respuesta frustrada a la vocación cristiana

La vocación cristiana, en cuanto vocación a la santidad que hay que realizar en el mundo, ha de superar, además del pecado, otro obstáculo, en apariencia menos grave, pero en la práctica más insidioso: la tibieza o acidia, «a la cual pertenece la negligencia por la que uno, a causa del esfuerzo que exigen, rehúsa conseguir los bienes espirituales»¹⁹. La persona tibia no quiere ofender gravemente al Señor, pero tampoco se compromete seriamente por realizar la unión con Cristo a través de su vida. El tibio quizá no dice claramente “no” a la llamada divina, pero aplaza sistemáticamente la respuesta a un “después” o a un “mañana” que nunca llegan. Su débil amor a Dios le hace demasiado pesado el esfuerzo de responder positivamente. Esto explica las fuertes palabras que usa el Apocalipsis en relación a los tibios: «Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Y así, porque eres tibio, y no caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca»²⁰. El hecho es que *la persona tibia olvida el gran amor que Dios le ha demostrado, no hace fructificar el dinamismo de crecimiento propio de la caridad y se siente satisfecho con aquello que es y con aquello que hace*: «Porque dices: “Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”, y no sabes que eres un desdichado y miserable, pobre, ciego y desnudo»²¹. *La tibieza o “aburguesamiento” es, en definitiva, la respuesta frustrada a la vocación a la santidad, y representa indudablemente un fracaso.*

El tibio se deja llevar por la tentación de pensar que el camino hacia la felicidad humana es una vía media entre la santidad cristiana –vista como demasiado pesada– y el alejamiento de Dios –visto como un oscuro callejón sin salida–. El tibio quiere ser “bueno”, pero descuida su relación filial con el Señor, se mueve en horizontes exclusivamente terrenos (dinero, poder, bienestar material, etc.), no escucha las inspiraciones de la gracia, es superficial y quizá irresponsable en el cumplimiento de los deberes familiares, profesionales y sociales, no demuestra ninguna preocupación por el

¹⁹ *S.Th.*, I-II, q. 84, a. 4 ad 5. La tibieza no debe confundirse con un estado de aridez interior, pues se trata de una condición de voluntaria languidez espiritual que se caracteriza por la dejadez en la edificación de la propia santidad.

²⁰ *Ap* 3, 15-16. «Dice un autor que la tibieza es como la tisis, que no alarma, porque apenas se la siente, y, sin embargo, es tan peligrosa que con dificultad se sale de ella. Y así es en realidad, porque la tibieza hace al alma insensible a los remordimientos de la conciencia, y, por ende, como estaba acostumbrada a la insensibilidad de los remordimientos acerca del pecado venial, se hará también insensible ahora que vive en pecado mortal» (SAN ALFONSO M. DE LIGORIO, *Sermones abreviados*, XIV, III: *Obras ascéticas*, BAC, Madrid 1954, vol. II, p. 576).

²¹ *Ap* 3, 17.

propio crecimiento espiritual y claudica ante el esfuerzo de lo que va más allá de cuanto se ve y se toca.

Los remedios contra la tibieza se encuentran en el mismo pasaje del Apocalipsis²²: 1) convertirse con todo el corazón a Dios y hacer fructificar sus dones: «Te aconsejo que me compres oro acrisolado por el fuego para que te enriquezcas, túnicas blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio con que ungierte los ojos para que veas»; 2) tomar con generosidad la cruz del Señor y aceptar las mortificaciones pasivas: «Yo, a cuantos amo, los reprendo y castigo»; 3) renovar el esfuerzo por la santidad: «Ten celo y arrepiéntete»; 4) escuchar, con la firme intención de cumplir, los requerimientos divinos: «Mira, estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo»; esta escucha se debe realizar en dos modos complementarios: a) mejorar la vida de oración, «pues cuanto más pensamos en los bienes espirituales, tanto más placenteros se nos hacen. El resultado será que la acidia cese»²³; b) acercarse con frecuencia al sacramento de la confesión y a la dirección espiritual, para lograr una percepción cada vez más clara de lo que Dios pide.

c) La lucha contra la concupiscencia

La libertad del hombre es la libertad de un ser compuesto de espíritu y carne, inmerso en la temporalidad, y que no se decide plenamente mediante una única opción, sino fatigosamente a lo largo de la propia vida. Así pues, mientras está en camino, la persona tiene que ocuparse de la propia salvación con temor y temblor²⁴, y resulta inevitable la lucha para superar las resistencias y para confirmar las propias decisiones, pues en esta vida es siempre posible volver atrás²⁵. Además, después del pecado, la conducta moral recta comporta esfuerzo: la natural ordenación a Dios es contrastada por el desorden causado por el pecado original y por los pecados actuales; este principio de desorden en la vida moral, llamado “concupiscencia” o “*fomes peccati*”²⁶, se atribuye a

²² Cfr. *Ap* 3, 18-20.

²³ *S.Th.*, II-II, q. 35, a. 1 ad 4.

²⁴ Cfr. *Flp* 2, 12.

²⁵ Cfr. *Lc* 9, 62.

²⁶ «En sentido etimológico, la “concupiscencia” puede designar toda forma vehemente de deseo humano. La teología cristiana le ha dado el sentido particular de un movimiento del apetito sensible que contraría la obra de la razón humana. El apóstol S. Pablo la identifica con la lucha que la “carne” sostiene contra el “espíritu” (cfr. *Ga* 5, 16.17.24; *Ef* 2, 3). Procede de la desobediencia del primer pecado (cfr. *Gn* 3, 11). Desordena las facultades morales del hombre y, sin ser una falta en sí misma, le inclina a cometer pecados (cfr. Concilio de Trento: DS 1515)» (*Catecismo*, n. 2515).

la “carne”²⁷.

Este desorden moral se manifiesta sobre todo en el inmoderado amor de sí mismo, en el deseo de autoafirmación y, especialmente, en cerrarse al querer de Dios, es decir, en el orgullo²⁸: lo peor de la concupiscencia se encuentra en el amor propio, que toma cuerpo en los diversos apetitos humanos (en el espiritual y en los sensitivos) e impulsa al pecado. «San Pablo es quien de manera particularmente elocuente describe la tensión y la lucha que turba el corazón humano. Leemos en la *Carta a los Gálatas*: “Por mi parte os digo: *Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne*. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais” (*Ga* 5, 16 s.). Ya en el hombre en cuanto *ser compuesto*, espiritual y corporal, existe una cierta tensión, tiene lugar una cierta lucha entre el “espíritu” y la “carne”. Pero esta lucha pertenece de hecho a la herencia del pecado, del que es una consecuencia y, a la vez, una confirmación. Forma parte de la experiencia cotidiana. Como escribe el Apóstol: “*Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje ... embriaguez, orgías y cosas semejantes*”. Son los pecados que se podrían llamar “carnales”. Pero el Apóstol añade también otros: “odios, discordias, celos, iras, rencillas, divisiones, envidias” (*Ga* 5, 19-21). Todo esto son “las obras de la carne”. Pero a estas obras, que son indudablemente malas, Pablo contrapone “el fruto del Espíritu”: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (*Ga* 5, 22 s.). Por el contexto parece claro que para el Apóstol no se trata de discriminar o condenar el cuerpo, que con el alma espiritual constituye la naturaleza del hombre y su subjetividad personal; sino que trata de las *obras* –mejor dicho, de las disposiciones estables–, virtudes y vicios, moralmente *buenas o malas*, que son *fruto de sumisión* (en el primer caso) o bien de *resistencia* (en el segundo) *a la acción salvífica del Espíritu Santo*. Por ello, el Apóstol escribe: “Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu” (*Ga* 5, 25)»²⁹.

No resulta posible mantener la dirección hacia la santidad sin una lucha por vencer los movimientos desordenados. Ya en el Antiguo Testamento se habla de la vida sobre la tierra como de una milicia, una lucha entre la estirpe de la mujer y la estirpe de la serpiente, y muchos otros pasajes recurren a la alegoría de las batallas³⁰. El tema es retomado en el Nuevo Testamento, ya sea con la metáfora de la guerra³¹, ya sea con la de una

²⁷ “Carne” en el sentido de “hombre viejo”, de persona marcada por el desorden del pecado, como veremos en el cap. XI, § 6 c). Sobre la lucha contra la carne en S. Pablo, cfr. R. SCHNACKENBURG, *El mensaje moral del Nuevo Testamento*, cit., vol. II, pp. 48-51.

²⁸ Así la Vulgata y la Neovulgata: «*Quoniam initium omnis peccati est superbia*» (*Eccli [Si]* 10, 15); las versiones recientes de la Escritura ofrecen una diversa redacción. Citando este texto Agustín y Tomás escriben: «*Initium quippe omnis peccati superbia*» (*De civitate Dei*, 12, 6: CCL 48, 359); «*Initium omnis peccati superbia vel amor proprius*» (*S.Th.*, I-II, q. 84, a. 2 ad 3).

²⁹ *Dominum et Vivificantem*, n. 55.

³⁰ Cfr. *Gn* 3, 15; *Jb* 14, 14; *Sal* 2; 18, 40-41; *Sb* 5, 16-22; *Is* 59, 16-18.

³¹ Cfr. *Mt* 10, 34-36; *2 Co* 10, 3-5; *Ef* 6, 10-17; *1 Tm* 1, 18; *1 P* 2, 11.

competición deportiva³², hasta la total victoria de Cristo en el combate escatológico³³. Y el Vaticano II recuerda: «A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día según dice el Señor. Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo»³⁴. El cristiano, sin embargo, no se mueve por un afán terreno de perfeccionismo; su meta no es la autoafirmación en el dominio de la naturaleza desordenada, sino amar a Dios sobre todas las cosas e identificarse con Jesucristo mediante la gracia del Espíritu Santo. La lucha ascética es principalmente esfuerzo de identificación con Cristo. Por esto es una lucha optimista, dirigida más a practicar el bien que a evitar el mal: «No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien»³⁵.

4. El aspecto positivo de la conducta moral: la renovación en el Espíritu y los medios de santificación

El aspecto positivo de la conducta moral es el que mejor responde a su profunda naturaleza de respuesta a la llamada divina a la santidad. La vida moral es, ante todo, progreso espiritual, que tiende a una unión siempre más íntima con Jesucristo. «Esta unión se llama “mística”, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos –“los santos misterios”– y, en Él, del misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él»³⁶. El Concilio Vaticano II termina su exposición de la doctrina sobre la llamada universal a la santidad con una visión sintética de los principales medios para alcanzar la unión con Cristo: «El don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de Él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en otras acciones sagradas y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes»³⁷.

³² Cfr. *Hch* 20, 24; *1 Co* 9, 24-27; *Flp* 3, 14; *Hb* 12, 1; *Ap* 3, 11-12.

³³ Cfr. *Jn* 16, 33; *2 Co* 2, 14; *Ap* 19, 11-21; 20, 7-15.

³⁴ *Gaudium et spes*, n. 37.

³⁵ *Rm* 12, 21.

³⁶ *Catecismo*, n. 2014.

³⁷ *Lumen gentium*, n. 42.

a) *El crecimiento en la santidad*

La vida moral cristiana es un proceso de progresiva santificación. Esto se expresa en el Nuevo Testamento como crecimiento en la unión con Cristo³⁸, o también como una mayor identificación con la voluntad de Dios Padre³⁹ o, más simplemente, como desarrollo de la caridad, que es la virtud más propiamente unitiva. Así lo recuerda San Pablo a los filipenses: «Pido también que vuestro amor crezca cada vez más en perfecto conocimiento y en plena sensatez, para que sepáis discernir lo mejor, a fin de que seáis puros y sin falta hasta el día de Cristo, llenos de los frutos de justicia que proceden de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios»⁴⁰: para el Apóstol la caridad es el motor inspirador del conocimiento y del discernimiento moral del cristiano, que ordena toda su conducta a la glorificación de Dios por medio de Jesucristo. En la *Primera Carta a los Tesalonicenses* se expresa de modo semejante, y añade que la caridad, como principio de la vida cristiana, procede de Dios: «Que el Señor os colme y os haga rebosar en la caridad de unos con otros y en la caridad hacia todos, como es la nuestra hacia vosotros, para que se confirmen vuestros corazones en una santidad sin tacha ante Dios, nuestro Padre, el día de la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos»⁴¹.

*La creciente identificación con Cristo y con el Padre, a través de la caridad, comporta cumplir los mandamientos*⁴². Los Evangelios contienen muchos discursos morales de Jesús, entre los cuales la tradición ha mostrado predilección por el “Sermón de la montaña”, que tiene como núcleo “las bienaventuranzas”; estas, junto con el “mandamiento del amor” y la confirmación del “decálogo”, se pueden considerar como el resumen del obrar moral cristiano⁴³. Este núcleo se esclarece y explicita en otros pasajes del Nuevo Testamento, que también subrayan la radicalidad de la vida cristiana⁴⁴. La conducta moral no es, sin embargo, un conjunto de actividades sueltas: no consiste solo en hacer ciertas cosas y no hacer otras. El cristiano debe, más bien, trazar por sí mismo una línea de conducta, un programa de vida, que actualice en sus concretas circunstancias personales, familiares, profesionales

³⁸ Cfr. *Ef* 4, 13-15.

³⁹ Cfr. *Rm* 12, 2; *Col* 1, 9-12.

⁴⁰ *Flp* 1, 9-11.

⁴¹ *I Ts* 3, 12-13.

⁴² Cfr. *Jn* 14, 21.23.

⁴³ Cfr. *Mt* 5, 3-12; 19, 17-19; 22, 36-40.

⁴⁴ Cfr. *Mt* 5, 48; *St* 1, 4; *I P* 1, 15-16. Una visión de conjunto se puede encontrar en: C. SPICQ, *Teología moral del Nuevo Testamento* (2 vol.), Eunsa, Pamplona 1970 y 1973; W. SCHRAGE, *Ética del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1987; R. SCHNACKENBURG, *El mensaje moral del Nuevo Testamento*, cit.

y sociales la vida en Cristo, a la que ha sido llamado y en la que encuentra su plenitud humana y cristiana. *La vida en Cristo es el criterio último con el que han de ser congruentes las acciones, las relaciones humanas y sociales, el modo de buscar y usar las cosas y los bienes.* De ahí deriva una coherencia en toda la conducta personal, que da lugar a la “unidad de vida” del cristiano⁴⁵.

No es posible dividir la vida del cristiano en dos grandes sectores dominados, respectivamente, por la obediencia y por la libertad, como si al primero pertenecieran las acciones mandadas o prohibidas por las normas morales, y al segundo, en cambio, las acciones que no entran en ninguna norma moral, en las cuales sería posible moverse “libremente” en busca de objetivos o de intereses meramente humanos. En realidad, quien ha sido “tocado” por la gracia de Dios concibe toda su existencia y sus actividades como medio de unión con Dios a través de Cristo: «Tanto si coméis, como si bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios»⁴⁶. Aunque existen actividades que, consideradas en abstracto, son moralmente indiferentes y aun admitiendo que no siempre se consigue referir actual y explícitamente todas las acciones a Cristo, *la dinámica intrínseca de la vida cristiana tiende por sí misma a hacer siempre más actual y consciente la finalidad suprema del amor a Dios* o, si se quiere, el comportamiento filial que busca, en todas las cosas, el modo de «discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto»⁴⁷. De la caridad filial, como «fuente de agua que salta hasta la vida eterna»⁴⁸, promana todo el obrar moral del cristiano, que merece un progresivo aumento de la caridad misma y de la unión con Cristo.

Como escribe San Cipriano, «la voluntad de Dios es la que Cristo cumplió y enseñó. Es la humildad en la conducta, la firmeza en la fe, el respeto en las palabras, la rectitud en las acciones, la misericordia en las obras, la moderación en las costumbres; es no hacer agravio a los demás y tolerar los que nos hacen a nosotros, conservar la paz con nuestros hermanos, amar a Dios de todo corazón, amarlo en cuanto Padre, temerlo

⁴⁵ Para el tema de la unidad de vida cristiana véase: *Presbyterorum ordinis*, n. 14; *Perfectae caritatis*, n. 18; *Christifideles laici*, nn. 30, 34, 59 y 60; SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 10. El concepto de “unidad de vida” es característico de las enseñanzas del San Josemaría Escrivá: cfr. I. DE CELAYA, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, en F. OCÁRIZ, - I. DE CELAYA, *Vivir como hijos de Dios*, Eunsa, Pamplona 1993², pp. 91-128; R. LANZETTI, *La unidad de vida y la misión de los fieles laicos en la Exhortación apostólica «Christifideles laici»*, en *Estudios 1985-1996*, suplemento de «Romana» (ed. castellana) pp. 85-102; D. LE TOURNEAU, *Las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá sobre la unidad de vida*, «Scripta Theologica» 31 (1999) 633-676; y la bibliografía citada en estos trabajos.

⁴⁶ *I Co* 10, 31. Cfr. *Col* 3, 17; *I P* 4, 11.

⁴⁷ *Rm* 12, 2.

⁴⁸ *Jn* 4, 14.

en cuanto Dios, no anteponer nada a Cristo, ya que Él nada antepuso a nosotros; es mantenernos inseparablemente unidos a su amor, estar junto a su cruz con fortaleza y confianza, cuando está en juego su nombre y su honor, mostrar en las palabras la constancia de la fe que profesamos; manifestar en los tormentos la confianza con que luchamos y, en la muerte, la paciencia que nos obtiene la corona: esto es querer ser coherederos de Cristo, esto es cumplir el precepto de Dios y la voluntad del Padre»⁴⁹.

*El amor y la unión con el Señor, que conllevan el cumplimiento de su voluntad, se alimentan, en primer lugar, a través de un conjunto de comportamientos en relación con Dios*⁵⁰, entre los que resaltan: la adoración⁵¹; la oración⁵²; la aceptación de la cruz de Cristo⁵³; la acción de gracias⁵⁴; la petición⁵⁵; la docilidad⁵⁶; la conducta propia de un hijo de Dios⁵⁷ que lleva a un confiado abandono en la divina providencia⁵⁸; la humildad⁵⁹; la penitencia por los pecados⁶⁰. *Todo ello favorecerá la identificación con Cristo también en el cumplimiento de las propias obligaciones terrenas: esforzarse por hacer bien, como Él, todas las cosas*⁶¹; santificar la vida cotidiana⁶²; dominar el mundo con justicia y santidad para la gloria de Dios⁶³; realizar todas las actividades con

⁴⁹ SAN CIPRIANO, *De Dominica oratione*, 15: CSEL 3, 277-278.

⁵⁰ Cfr. *Lumen gentium*, n. 42.

⁵¹ «Al Señor tu Dios adorarás, y solamente a Él darás culto» (Mt 4, 10). Cfr. Is 42, 8; Sal 50, 14.23; 1 Tm 1, 17; Hb 13, 15.

⁵² Vid. el sucesivo § c).

⁵³ Cfr. Mt 16, 24-25; 1 Co 1, 18; 1 P 2, 20-21. Vid. el sucesivo § d).

⁵⁴ «Dad gracias por todo, porque eso es lo que Dios quiere de vosotros en Cristo Jesús» (1 Ts 5, 18). Cfr. Lc 17, 16-18; Ef 5, 20.

⁵⁵ «Bendice al Señor Dios en todo momento, y suplícale que tus caminos sean rectos y que todas tus sendas y proyectos terminen bien. Pues no todas las gentes tienen este pensamiento, sino que es el mismo Señor el que les da los buenos pensamientos» (Tb 4, 19). Cfr. Lc 11, 9-13; Jn 16, 23-24; 1 Ts 5, 17.

⁵⁶ Cfr. 1 S 15, 22; Mc 4, 20; Hch 7, 51; Rm 5, 19; 8, 14.26-27; Ga 5, 25.

⁵⁷ Cfr. Jn 1, 12-13; Rm 8, 14-17; Ga 3, 26-28; Ef 1, 5; 1 Jn 3, 1-2.

⁵⁸ Cfr. Sal 31, 2-7; Mt 6, 25-34; Mc 11, 22-24; Lc 12, 22-31; Hch 27, 25; 1 P 4, 19; *Catecismo*, nn. 302-314.

⁵⁹ «Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da la gracia» (St 4, 6 y 1 P 5, 5, que citan Pr [LXX] 3, 34). Cfr. Mt 11, 29; Jn 13, 1-17; 1 Co 4, 7; Flp 2, 5-11.

⁶⁰ Cfr. Sal 51, 19; Is 66, 2; Mt 3, 2; 4, 17; Hch 2, 38; 2 Co 7, 1; Hb 10, 22.

⁶¹ Cfr. Mc 7, 37.

⁶² Cfr. Lc 8, 38-39; 1 Tm 4, 4-5; 1 P 4, 11; *Gaudium et spes*, n. 33. En la comprensión del importante papel teológico que supone la santificación de la vida ordinaria tiene especial significado la doctrina y la actividad como fundador de San Josemaría Escrivá: cfr. W. MAY, *Santidad y vida ordinaria*, en AA.VV., *Santidad y mundo*, cit., pp. 55-87.

⁶³ Cfr. Sal 8, 7-9; Sb 9, 2-3; 1 Co 10, 31; *Gaudium et spes*, n. 34.

perfección humana⁶⁴; aprovechar el tiempo⁶⁵; ser responsable en los propios quehaceres⁶⁶; vivir la laboriosidad⁶⁷; cumplir acabadamente los deberes familiares⁶⁸, sociales⁶⁹, cívicos⁷⁰ y profesionales⁷¹; desarrollar todas las tareas con plenitud y perfección incluso en los detalles⁷²; no adaptarse a una mentalidad mundana⁷³; trabajar sin pensar solo en la propia ganancia o en la propia gloria terrena⁷⁴.

La vida cristiana informar también la dimensión social y política de la vida humana. El magisterio ha recordado que existen «dos tentaciones a las que [los fieles laicos] no siempre han sabido sustraerse: la tentación de reservar un interés tan marcado por los servicios y las tareas eclesiales, de tal modo que frecuentemente se ha llegado a una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; y la tentación de legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre la acogida del Evangelio y la acción concreta en las más diversas realidades temporales y terrenas»⁷⁵. La atención hacia la persona humana y hacia su bien implica asimismo, y es lo que queremos subrayar, *la sensibilidad de saber juzgar, en relación al bien de la persona y de las personas, el valor de la organización social y política en la cual vivimos; este juicio ha de estar también en condiciones de avanzar propuestas concretas dirigidas a mejorar las condiciones sociales y políticas*⁷⁶.

Quizá hasta un pasado reciente, y en buena medida como consecuencia del

⁶⁴ Cfr. *Lv* 22, 20; *Col* 3, 22-4, 1; *I P* 2, 12.15.

⁶⁵ Cfr. *I Co* 7, 29; *Ef* 5, 16.

⁶⁶ Cfr. *Pr* 12, 10.24.27; *Mt* 25, 26-27; *Lc* 17, 10.

⁶⁷ Cfr. *Pr* 20, 4.13; *Qo* 10, 18; *Ef* 4, 28; *2 Ts* 3, 7-12; *Gaudium et spes*, n. 35.

⁶⁸ Cfr. *Sal* 127, 3-5; *Si* 3, 1-18; 7, 20-21.25-30; *Ef* 5, 22-6, 4; *Col* 3, 18-21; *I Tm* 5, 8; *Gaudium et spes*, n. 52.

⁶⁹ Cfr. *Lv* 19, 9-18.33-36; *Tt* 2, 1-10; *St* 5, 4; *Gaudium et spes*, n. 43.

⁷⁰ Cfr. *Mt* 22, 21; *Rm* 13, 1-7; *I P* 2, 13-17; *Gaudium et spes*, n. 75.

⁷¹ Cfr. *Pr* 24, 30-34; *Si* 7, 24; *Ef* 6, 5-9. En este sentido conviene recordar que la Biblia habla de diversas actividades laborales: artesanos (*Ex* 31, 1-11), amas de casa (*Pr* 31, 10-31), funcionarios (*Lc* 3, 12-13), jueces (*Dt* 19, 18-20; *2 Cro* 19, 6-7), gobernantes (*I R* 10, 9; *Jr* 22, 1-5), médicos (*Si* 38, 1-15), oficios manuales (*I R* 7, 13-14; *Si* 38, 28-36), siervos y amos (*I Tm* 6, 1-2; *I P* 2, 18), militares (*Mt* 8, 5-13; *Lc* 3, 14), etc.

⁷² Cfr. *Qo* 7, 8; *Ct* 2, 15; *Lc* 16, 10; *Gaudium et spes*, n. 67.

⁷³ Cfr. *Rm* 12, 2; *Tt* 2, 12; *I Jn* 2, 15.

⁷⁴ Cfr. *Jr* 9, 22-23; *Ez* 33, 31; *Ha* 2, 9; *Lc* 11, 43; 12, 21; *2 Co* 10, 17; *Flp* 2, 4.

⁷⁵ *Christifideles laici*, n. 2.

⁷⁶ Volveremos sobre este tema en el cap. IX, § 1.

carácter prevalentemente estático de la sociedad, la moral ha insistido en los deberes individuales y ha minusvalorado, porque no eran tan actuales como hoy, los aspectos sociales. En una sociedad interdependiente y dinámica como la nuestra, el ámbito social cobra un especial relieve en la conducta moral⁷⁷. Sobre este punto, el Concilio Vaticano II pone en guardia para «que no exista nadie que, despreocupado del curso de las cosas e indolente en su inercia, se contente con una ética meramente individualista [...]. Sea para todos algo inviolable considerar y observar las relaciones sociales como uno de los deberes principales del hombre de hoy. Pues cuanto más se unifica el mundo, tanto más abiertamente los deberes del hombre rebasan los grupos particulares y, poco a poco, se extienden al mundo entero. Esto no puede realizarse si cada hombre y cada grupo no cultivan en sí mismos y difunden en la sociedad las virtudes morales y sociales, de modo que surjan hombres realmente nuevos y artífices de una nueva humanidad, con el auxilio necesario de la gracia divina»⁷⁸.

b) *Los sacramentos*

La tarea de conformar todas las dimensiones de la vida humana con las virtudes teologales y morales, convirtiéndolas en medio de unión con Cristo, no nace del hombre ni puede ser sostenida con las solas fuerzas humanas. Así lo enseña Jesús⁷⁹ y el Apóstol⁸⁰. Por eso, debemos exponer ahora los principales medios –sacramentales y no sacramentales– dispuestos por el Señor, a través de los cuales resulta posible seguir su amable enseñanza: «Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré»⁸¹.

Según el carácter sacramental de la economía salvífica⁸², el don inicial de la vida cristiana se obtiene *ex opere operato* con el bautismo y se afianza con la confirmación. Estos dos sacramentos y también el orden sagrado pueden ser recibidos solamente una vez en la vida. El matrimonio y la unción de los enfermos otorgan la capacidad de vivir cristianamente determinadas situaciones, pero pueden ser administrados limitadamente (si ha fallecido el primer cónyuge y cuando el cristiano se encuentra nuevamente en peligro de muerte). En cambio, los otros dos sacramentos –la penitencia y la Eucaristía–, por sus efectos y por la frecuencia con que pueden recibirse, son por excelencia los medios de santificación⁸³.

⁷⁷ Cfr. E. COLOM, *Curso de Doctrina Social de la Iglesia*, Palabra, Madrid 2006², y el volumen IV de este Curso de Moral (en fase de publicación).

⁷⁸ *Gaudium et spes*, n. 30.

⁷⁹ «Sin mí no podéis hacer nada» (*Jn* 15, 5).

⁸⁰ «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (*Flp* 4, 13).

⁸¹ *Mt* 11, 28.

⁸² Cfr. cap. I, § 1 b).

⁸³ Sobre los sacramentos como medios de santificación véase: *Sacrosanctum Concilium*, n. 59, y *Lumen gentium*, n. 11.

«Cristo instituyó el sacramento de la Penitencia en favor de todos los miembros pecadores de su Iglesia, ante todo para los que, después del Bautismo, hayan caído en el pecado grave y así hayan perdido la gracia bautismal y lesionado la comunión eclesial. El sacramento de la Penitencia ofrece a estos una nueva posibilidad de convertirse y de recuperar la gracia de la justificación»⁸⁴. Incluso para aquellos que lo reciben sin haber cometido pecado mortal, este sacramento acrecienta la gracia, aumenta las fuerzas espirituales para el combate cristiano⁸⁵, sana progresivamente la concupiscencia y las heridas causadas por los pecados de la vida pasada, contribuye a la formación de la conciencia y es ocasión de eficaz dirección espiritual. Es, por tanto, *no solo un remedio contra las culpas graves, sino también un importante medio de santificación y de unión con Cristo*: aplicando al cristiano los méritos del Redentor, posee una gran eficacia en el desarrollo moral y espiritual de los fieles, pues constituye el «encuentro del hombre más personal con Cristo crucificado que perdona»⁸⁶; por eso la Iglesia aconseja la práctica de la confesión frecuente⁸⁷.

El ápice de la vida sacramental es la Eucaristía. El amor de Jesús a los hombres se manifiesta, sobre todo, en su Pasión y Muerte: «Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos»⁸⁸; y este amor hace que el Señor busque nuestra cercanía y la más íntima unión con nosotros. Tal amor lo llevó a “inventar” un sacramento que fuese memorial de su Pasión, Presencia entre los hombre y Alimento de una singular identificación⁸⁹. Por eso «Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre, para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor (cfr. San Agustín, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, 26, cap. 6, n. 13: PL 35, 1613), banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura (*Breviarium Romanum*, Fiesta del “Corpus Christi”, antifona del Magnificat en las II vísperas)»⁹⁰. Así *la vida cristiana está estrechamente conectada con la Eucaristía, ya que en ella está encerrado todo el bien espiritual de la Iglesia y se configura como el centro y la raíz de la evangelización y de toda la vida*

⁸⁴ *Catecismo*, n. 1446.

⁸⁵ Cfr. *Reconciliatio et paenitentia*, nn. 28-29.

⁸⁶ JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 20.

⁸⁷ Cfr. CIC, can. 988, 2; *Catecismo*, n. 1458.

⁸⁸ *Jn* 15, 13. Cfr. *Rm* 5, 8; *1 Jn* 3, 16.

⁸⁹ «Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí» (*Jn* 6, 57).

⁹⁰ *Sacrosanctum Concilium*, n. 47.

*cristiana*⁹¹. Es centro y cima de la vida cristiana porque a ella se dirige todo lo que la Iglesia y los fieles han de realizar; y es también su raíz y su fuente en cuanto contiene no solo la gracia, sino al mismo Autor de la gracia. Por consiguiente, toda la vida del cristiano ha de ser eminentemente eucarística: «El cristiano está llamado a expresar en cada acto de su vida el verdadero culto a Dios. De aquí toma forma la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana. La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. *Rm* 8, 29 s.). Todo lo que hay de auténticamente humano –pensamientos y afectos, palabras y obras– encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud. Aparece aquí todo el valor antropológico de la novedad radical traída por Cristo con la Eucaristía: el culto a Dios en la vida humana no puede quedar relegado a un momento particular y privado, sino que, por su naturaleza, tiende a impregnar todos los aspectos de la realidad del individuo. El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios»⁹².

El Santo Sacrificio no es solo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino un *memorial*⁹³, una representación –en el sentido de re-presentar: hacer de nuevo presente– del acontecimiento salvífico de la cruz, que se renueva y se aplica a lo largo de la historia. *La Misa, por tanto, en su conexión con el Sacrificio redentor, es el acto culminante de la historia de la salvación y para cada persona es el acto culminante de la propia salvación y santidad*. El empeño por alcanzar la santidad está íntimamente conectado a la participación en el Sacrificio eucarístico; por eso la Iglesia recomienda la frecuente asistencia a la Misa y pide a todos los fieles que participen en ella al menos semanalmente los domingos⁹⁴.

Un segundo aspecto de la Eucaristía es la Comunión, por la que el cristiano se une íntimamente a Cristo y se identifica con Él⁹⁵: como tal

⁹¹ Cfr. *Lumen gentium*, n. 11; *Presbyterorum ordinis*, nn. 5 y 14; JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 11-IV-2003; SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 87.

⁹² BENEDICTO XVI, Ex. ap. *Sacramentum caritatis*, 22-II-2007, n. 71.

⁹³ La palabra *memorial*, que traduce el *zikkaron* hebreo y el *upomnéma* griego, no significa memoria del pasado, sino evocación del hoy divino en el cual se continúa y se hace presente el designio salvífico del Señor.

⁹⁴ Cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 106; CIC, can. 1247; *Catecismo*, n. 2181; JUAN PABLO II, Carta ap. *Dies Domini*, 31-V-1998 (especialmente nn. 46-49).

⁹⁵ A San Agustín le pareció oír la voz del Señor que decía: «Yo soy el alimento de los

identificación coincide con la meta de la santidad, es evidente que *la santidad cristiana no puede prescindir de la Comunión asidua*. La Eucaristía refuerza las energías humanas en el camino de la santidad, previene los peligros, las dificultades y los pecados, facilita la lucha ascética, es prenda de la vida eterna y consolida la unión entre los hombres⁹⁶. Conviene, por tanto, estar bien dispuestos para recibir la comunión con fruto⁹⁷ y dar gracias al Señor con profundo fervor.

Para terminar recordemos que Jesús se encuentra verdadera, real y substancialmente presente en las especies eucarísticas. Esto explica que la Iglesia haya multiplicado los actos de culto eucarístico: visitas al Santísimo Sacramento, exposiciones y bendiciones, procesiones, congresos eucarísticos, etc. «La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este Sacramento del Amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración»⁹⁸.

c) La oración

«No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios»⁹⁹: la vida cristiana requiere una atenta y dócil escucha de la palabra de Dios; de hecho, una de las últimas enseñanzas de Jesús fue: «Velad y orad, para no caer en tentación»¹⁰⁰, y los primeros cristianos cumplieron esta recomendación: «Perseveraban asiduamente en la doctrina de los apóstoles [...] y en las oraciones»¹⁰¹. La relación viva y personal con Dios—Padre, Hijo y Espíritu Santo— se consigue en la oración: esta consiste en estar en la presencia de Dios y en diálogo filial con Él. Por eso, *la llamada universal a la santidad se puede concretar en la llamada universal a la oración, a la familiaridad amorosa con el Señor que invita incesantemente a cada hombre a un misterioso, pero real, encuentro en la oración*. Así lo ha

adultos: crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti como el alimento de tu carne, sino que tú te transformarás en mí» (*Confessiones*, 7, 10, 16: CCL 27, 103-104); aunque aquí San Agustín no se refiere directamente a la Eucaristía, este pasaje expresa con exactitud el efecto de la Comunión: así lo interpreta Santo Tomás en *S.Th.*, III, q. 73, a. 3 ad 2. Véase también SAN LEÓN MAGNO, *Tractatus* 63, 7: CCL 138 A, 388.

⁹⁶ Cfr. *Jn* 6, 54; *1 Co* 10, 17-22.

⁹⁷ Cfr. *1 Co* 11, 29; *Catecismo*, nn. 1385-1387.

⁹⁸ JUAN PABLO II, Carta *Dominicae cenae*, 24-II-1980, n. 3.

⁹⁹ *Mt* 4, 4. Cfr. *Dt* 8, 3.

¹⁰⁰ *Mc* 14, 38.

¹⁰¹ *Hch* 2, 42.

hecho y enseñado Jesús¹⁰² y así deben hacerlo sus discípulos: la plegaria de los cristianos, como la de Cristo, implica la plena adhesión de la voluntad humana a la amorosa voluntad del Padre; requiere la conversión y la pureza de corazón, la confianza y la audacia filial, la humildad, la paciencia y la perseverancia¹⁰³. Esto es lo que se llama contemplación, o sea, tener la “mirada” de la fe fija en Jesús, para conocer mejor su querer y para identificarse más y más con Él; esta contemplación no exige la *fuga mundi*, al contrario, se puede y se debe realizar en la vida ordinaria y por medio de las actividades terrenas: «Cuando nuestro espíritu va en busca de los bienes temporales para hallar en ellos su reposo, queda esclavizado a ellos. Pero cuando los busca en orden a la bienaventuranza, no es arrastrado hacia abajo por ellos, sino que, más bien, es él quien los eleva a un nivel superior»¹⁰⁴, y los utiliza para establecer en todo momento un diálogo amoroso con el Señor¹⁰⁵.

El hombre tiende, por naturaleza, al diálogo, a la comunicación; y cuando no habla con otros, lo hace consigo mismo: recuerdos, preocupaciones, dudas, deseos, sueños, etc. La verdadera vida cristiana ha de aspirar a una continua conversación con el Señor, que sea real, profunda y generosa; así la persona evita el egocentrismo y se hace más teocéntrica: refuerza la amistad divina, desarrolla la caridad, rectifica la intención, adquiere serenidad y objetividad, fortalece su obrar moral. Ninguna actividad, aun terrena y material, impide el trato constante con Dios¹⁰⁶: basta una invocación (jaculatorias), la mirada a una imagen sagrada, una sonrisa destinada al Señor, un pequeño sacrificio, el ofrecimiento a Dios de la propia actividad. Estos actos, sin embargo, no surgen espontáneamente: es necesario un esfuerzo personal perseverante para mantener el diálogo asiduo con Dios. Todos los santos y los autores de espiritualidad hablan de las dificultades en la oración: desánimos, activismo, distracciones, arideces, falta de fe, acidia, etc.; y todos recuerdan también su importancia y necesidad en el desarrollo de la vida cristiana¹⁰⁷.

Para mantener esta continua intimidad con Dios, es conveniente dedicar ratos concretos a la meditación y a la plegaria; es este un deber –como el de la

¹⁰² Cfr. *Mt* 11, 25-26; *Mc* 1, 35; 6, 46; *Lc* 3, 21; 9, 28; 11, 1; 22, 41-42; *Jn* 11, 41-42; 17.

¹⁰³ Cfr. *Catecismo*, nn. 2600-2615.

¹⁰⁴ *S.Th.*, II-II, q. 83, a. 6 ad 3. El tema de la contemplación en la vida ordinaria, con especial referencia a las enseñanzas del San Josemaría Escrivá, ha sido estudiado por M. BELDA, *Contemplativos en medio del mundo*, «Romana» (ed. castellana) 14 (1998) 326-340 (con bibliografía).

¹⁰⁵ «Es necesario acordarse de Dios más frecuentemente que de respirar» (SAN GREGORIO NACIANCENO, *Orationes Theologicae*, 1, 4: PG 36, 15 C).

¹⁰⁶ «Es posible, incluso en el mercado o durante un paseo solitario, hacer una frecuente y fervorosa plegaria. Es posible también hacerla en vuestro negocio, mientras compráis o vendéis, o también cuando cocináis» (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Eclogae ex diversis homiliis*, 2: PG 63, 585 A).

¹⁰⁷ Cfr. *Catecismo*, nn. 2725-2751.

santidad— que atañe a todo cristiano: la Escritura enseña que es «preciso orar siempre sin desfallecer»¹⁰⁸. De hecho, la realidad existencial cristiana confirma la necesidad de determinados actos de piedad, entre los que resaltan los actos litúrgicos: la praxis apostólica y eclesial, la vida de los santos y de los místicos, y la misma reflexión teológica explicitan su razón de ser y ofrecen elencos de prácticas dirigidas a mantener una relación de amistad con el Señor. El Vaticano II, recogiendo toda esta tradición y hablando a los laicos, indica que «solamente con la luz de la fe y la meditación de la palabra de Dios es posible reconocer siempre y en todo lugar a Dios, en quien *vivimos, nos movemos y existimos* (*Hch* 17, 28); buscar su voluntad en todos los acontecimientos, ver a Cristo en todos los hombres, tanto cercanos como extraños; juzgar rectamente sobre la verdadera significación y el valor de las realidades temporales, consideradas en sí mismas y en orden al fin del hombre»¹⁰⁹.

Si bien las prácticas de piedad recomendadas por los distintos autores difieren según las diversas espiritualidades, se puede decir que todas coinciden en algunos elementos esenciales: 1) la oración litúrgica y los sacramentos; 2) la lectura y la meditación de la Sagrada Escritura, de libros espirituales y de la vida de los santos; 3) la práctica metódica de la meditación y de la oración mental¹¹⁰; 4) la oración vocal¹¹¹; 5) los exámenes de conciencia. Hay que subrayar, sin embargo, que estas prácticas no son un fin en sí mismas ni han de ser vividas de modo inconexo; se trata de adquirir una síntesis vital que ayude a descubrir la presencia divina en cada situación de la propia vida: «Los ayunos, las vigias, la meditación de las Escrituras, la desnudez y la privación de toda riqueza no constituyen por sí mismas la perfección, sino los instrumentos de la perfección, pues el fin del esfuerzo no consiste en estas cosas, que son, en cambio, medios para llegar al fin»¹¹².

¹⁰⁸ *Lc* 18, 1. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, cit., nn. 238-254 y 294-316.

¹⁰⁹ *Apostolicam actuositatem*, n. 4.

¹¹⁰ «El bien que tiene quien se ejercita en oración, hay muchos santos y buenos que lo han escrito, digo oración mental. [...] Y quien no ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. [...] No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, cap. 8, 5: *Obras completas*, vol. I, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1984³, pp. 46-47).

¹¹¹ No se puede olvidar que, cuando los discípulos pidieron a Jesús que les enseñase a orar, Él les respondió con una plegaria vocal, el Padre Nuestro: cfr. *Lc* 11, 1-4. Sin embargo, la importancia de este tipo de oración no está en su expresión exterior, sino en el impulso interior: «Que nuestra plegaria sea escuchada depende no de la cantidad de palabras, sino del fervor de nuestras almas» (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Eclogae ex diversis homiliis*, 2: PG 63, 583 A). Cfr. *Mt* 6, 7-8.

¹¹² JUAN CASIANO, *Collationes*, I, 7, 3: CSEL 13, 14.

d) La Cruz

Jesús «decía a todos: Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día, y que me siga»¹¹³. *Todos los discípulos del Señor deben llevar la cruz cada día; más aún, la cruz es lo que distingue a los que son cristianos auténticos de los que no lo son: «El mensaje de la cruz es necedad para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios»*¹¹⁴. Difícilmente puede darse una vida cristiana coherente sin la disponibilidad a morir con Jesús, a completar en la propia carne lo que falta a la Pasión de Cristo¹¹⁵. *Es la abnegación o mortificación cristiana: su objetivo principal es la identificación con el Señor, pero esta identificación requiere la renuncia de sí mismo, del propio yo. «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cfr. 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas»*¹¹⁶. Por eso, la Iglesia ha establecido algunos tiempos concretos de práctica penitencial y recomienda vivamente las privaciones voluntarias como el ayuno y la limosna¹¹⁷; además cada uno puede y debe buscar en su vida cotidiana prácticas adecuadas para unirse a la cruz de Jesús: mortificación de los sentidos y de la imaginación, de la inteligencia y de la voluntad, esfuerzo para servir a los otros y para realizar con perfección los propios deberes, aceptación alegre de las contrariedades, etc.

5. La Virgen María en la santificación del cristiano

Sin querer retomar ahora los contenidos del tratado dogmático sobre la Virgen María, resulta necesario poner de relieve la esencial dimensión mariana de la vida cristiana. *La función de María en la vida de la Iglesia y de cada uno de los cristianos deriva de su singular unión con Cristo y, en último*

¹¹³ Lc 9, 23. Cfr. Mt 10, 38; 16, 24; Mc 8, 34; Lc 14, 27; Jn 12, 24-25.

¹¹⁴ I Co 1, 18.

¹¹⁵ Cfr. Jn 11, 16; Col 1, 24; I P 2, 21.

¹¹⁶ *Catecismo*, n. 2015. «La Iglesia hace suya la conciencia que el apóstol Pablo tenía de la misión recibida: “Me envió Cristo... a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo...; nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (I Co 1, 17.23-24). *Cristo crucificado revela el significado auténtico de la libertad, lo vive plenamente en el don total de sí y llama a los discípulos a tomar parte en su misma libertad» (Veritatis splendor, n. 85).*

¹¹⁷ Cfr. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 105, 109-110; *Ad gentes*, n. 40; *Presbyterorum ordinis*, n. 12; CIC, cann. 1249-1253; *Catecismo*, n. 1438.

término, de su maternidad divina. «Por su total adhesión a la voluntad del Padre, a la obra redentora de su Hijo, a toda moción del Espíritu Santo, la Virgen María es para la Iglesia el modelo de la fe y de la caridad»¹¹⁸. Pero no termina aquí su función, porque María «colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia»¹¹⁹. *María es verdaderamente Madre espiritual de los cristianos y, en relación con nosotros, ejercita una constante y eficaz mediación materna.* Es esta una doctrina repetidamente propuesta por el Concilio Vaticano II¹²⁰, los Romanos Pontífices¹²¹ y el *Catecismo de la Iglesia Católica*¹²².

La mediación maternal de María nace del beneplácito de Dios y «brota de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende totalmente de ella y de ella saca toda su eficacia; favorece, y de ninguna manera impide, la unión inmediata de los creyentes con Cristo»¹²³. Lo que la Iglesia entiende por mediación de María es que, *según el designio de Dios, el inmenso tesoro de la gracia de Cristo siempre se nos comunica a través de María.* «Así como nadie puede ir al Padre supremo, si no es por medio del Hijo, así ordinariamente nadie puede ir a Cristo, si no es por medio de su Madre»¹²⁴. «Puesto que María supera a todos en santidad y unión con Cristo y ha sido asociada por Jesucristo en la obra de la redención, Ella nos

¹¹⁸ *Catecismo*, n. 967.

¹¹⁹ *Lumen gentium*, n. 61.

¹²⁰ Cfr. *Lumen gentium*, cap. VIII.

¹²¹ Cfr. BEATO PÍO IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854; LEÓN XIII, Enc. *Octobri mense*, 22-IX-1891; Enc. *Magnae Dei Matris*, 8-IX-1892; Enc. *Adiutricem populi*, 5-IX-1895; S. PÍO X, Enc. *Ad diem illum*, 2-II-1904; BENEDICTO XV, Carta ap. *Inter sodalicia*, 21-V-1918; PÍO XI, Enc. *Quas primas*, 11-XII-1925; PÍO XII, Enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943; Enc. *Haurietis aquas*, 15-V-1956; PABLO VI, Enc. *Mense maio*, 29-IV-1965; EX. ap. *Signum magnum*, 13-V-1967; JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987.

¹²² Cfr. *Catecismo*, nn. 963-975.

¹²³ *Lumen gentium*, n. 60.

¹²⁴ LEÓN XIII, Enc. *Octobri mense*, 22-IX-1891: DS 3274.

alcanza por mérito de participación (*de congruo*), como se dice, lo que Cristo nos alcanza por mérito de justicia (*de condigno*) y es la suprema dispensadora de las gracias»¹²⁵.

La mediación de María tiene todas las notas que son propias del actuar materno: afecto, comprensión, ternura, amor inquebrantable. En la cruz, Cristo experimentó el sufrimiento del abandono previsto por el designio redentor del Padre. Aquellos que lo habían seguido permanecieron escondidos; los enemigos, en cambio, asistieron al suplicio saboreando su aparente victoria. Entonces «Jesús clamó con fuerte voz: *Eli, Eli, ¿lemá sabacthani?* es decir, *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*»¹²⁶. El precio a pagar por nuestros pecados apareció en toda su pesadez. Sin embargo, en aquel momento, el Padre no privó al Hijo del apoyo de su Madre, que estaba «junto a la cruz de Jesús»¹²⁷. Dándonos a María por Madre¹²⁸, Cristo parece que quiere explícitamente confirmar que nadie de cuantos seguirán sus huellas a lo largo de los siglos quedará privado cuanto menos de la presencia consoladora y maternal de la Virgen María. A partir de aquel momento, María pasa a ser para todos los cristianos refugio siempre alcanzable, motivo de segura esperanza, presencia que nunca abandona.

El Concilio Vaticano II subraya que María es también el modelo que la Iglesia y los cristianos deben imitar. «La Iglesia en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga (cfr. *Ef 5, 27*). En cambio, los creyentes se esfuerzan todavía en vencer el pecado para crecer en la santidad. Por eso dirigen sus ojos a María, que resplandece ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de todas las virtudes»¹²⁹. María es un preclaro espejo de vida moral. «Acogiendo y meditando en su corazón acontecimientos que no siempre puede comprender (cfr. *Lc 2, 19*), se convierte en el modelo de todos aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (cfr. *Lc 11, 28*)»¹³⁰.

A la protección maternal y al ejemplo que nos ofrece María, el cristiano corresponde confiándose enteramente a Ella. «La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de un modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, acoge “entre sus cosas propias” a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su yo humano y cristiano»¹³¹.

Desde el punto de vista práctico, desde la perspectiva del cristiano que, a pesar de las propias limitaciones, desea ante todo y sobre todo vivir la propia

¹²⁵ SAN PÍO X, Enc. *Ad diem illum*, 2-II-1904: DS 3370.

¹²⁶ *Mt 27, 46*.

¹²⁷ *Jn 19, 25*.

¹²⁸ Cfr. *Jn 19, 26-27*.

¹²⁹ *Lumen gentium*, n. 65.

¹³⁰ *Veritatis splendor*, n. 120.

¹³¹ JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 45.

vida en unión siempre creciente con Cristo, conviene subrayar que *el abandono en María constituye el camino más fácil, más rápido y más seguro para alcanzar la meta deseada*. A este propósito son dignas de atenta reflexión las palabras de San Luis María Grignon de Montfort: «Una de las razones que explica por qué son tan pocas las almas que llegan a la madurez en Jesucristo es el que María –que ahora como siempre es la Madre de Cristo y la Esposa fecunda del Espíritu Santo– no está bastante formada en los corazones. Quien desee tener el fruto maduro y bien formado, debe tener el árbol que lo produce. Quien desee tener el fruto de vida –Jesucristo–, debe tener el árbol de vida que es María. Quien desee tener en sí la operación del Espíritu Santo, debe tener a su Esposa fiel e inseparable, la excelsa María, que le hace fértil y fecundo»¹³². Más sintéticamente lo afirma el santo patrono de los moralistas: «No se llega a Dios sino por medio de Jesucristo, ni se llega a Jesucristo sino por medio de María»¹³³.

6. La dimensión apostólica de la vocación cristiana

*La respuesta del cristiano a la llamada a la santidad comprende también la activa participación en la misión de Cristo y de la Iglesia: «La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado»*¹³⁴. No hablamos ahora específicamente de las tareas derivadas de los diversos ministerios eclesiales, sino del empeño apostólico intrínsecamente ligado al seguimiento de Cristo, que es propio, por tanto, de todos los fieles, también de los fieles laicos, como ha puesto de relieve el decreto *Apostolicam actuositatem* del Concilio Vaticano II y la exhortación apostólica *Christifideles laici*.

El fin de la Iglesia es «hacer partícipes a todos los hombres de la redención salvadora, y, por medio de estos hombres, ordenar realmente todo el mundo hacia Cristo»¹³⁵. Toda la actividad de la Iglesia ordenada a este fin se llama “apostolado”. *La llamada radical al apostolado deriva no de un ministerio o de particulares circunstancias, sino de la unión con Cristo Cabeza*¹³⁶: «En obediencia al mandato de Cristo, que envió a sus discípulos a anunciar el Evangelio a todas las gentes (cfr. *Mt* 28, 18-20), también en

¹³² SAN LUIS M. GRIGNON DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 164: *Obras*, BAC, Madrid 1984, pp. 345-346.

¹³³ SAN ALFONSO M. DE LIGORIO, *Las Glorias de María*, Parte I, cap. V, Respuesta a un anónimo: *Obras ascéticas*, cit., vol. I, p. 644.

¹³⁴ *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

¹³⁵ *Ibidem*.

¹³⁶ Cfr. *ibid.* n. 3.

nuestra época la comunidad cristiana se siente enviada a los hombres y a las mujeres del tercer milenio, para darles a conocer la verdad del mensaje evangélico y abrirles de este modo el camino de la salvación. Y esto –como decía– no es algo facultativo, sino la vocación propia del pueblo de Dios, un deber que le incumbe por mandato del mismo Señor Jesucristo»¹³⁷. Por eso en el apostolado cristiano deben participar todos los fieles, aunque con modalidades diversas según su situación y sus circunstancias; en efecto, «cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro»¹³⁸. No es posible separar el seguimiento de Cristo del apostolado, «como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con Él una sola cosa. Esta es la razón de su venida al mundo: *por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo*, rezamos en el Credo. Para el cristiano, el apostolado resulta connatural»¹³⁹. *El apostolado cristiano, en último término, es siempre evangelización y santificación*; está encaminado «a manifestar al mundo el mensaje de Cristo mediante palabras y obras, y a comunicar su gracia»¹⁴⁰.

El apostolado se realiza espontáneamente cuando el fiel procura ordenar las propias actividades buscando ante todo la unión con Cristo. El clero lo realiza a través del ministerio de la palabra y de los sacramentos; los religiosos, con su oración y su testimonio escatológico; los fieles laicos, a través de la vida cristiana, la palabra, el servicio fraterno, etc. Tarea específica de los laicos es la animación cristiana del orden temporal¹⁴¹, tema importante que será tratado más adelante¹⁴². Ahora queremos subrayar solamente que el apostolado cristiano comporta también «*el anuncio y la propuesta moral*»¹⁴³, esto es, mostrar mediante el ejemplo y las palabras la vía que se debe seguir para ser discípulo de Cristo. «De la misma manera, y más aún, que para las verdades de fe, la nueva evangelización que propone los fundamentos y contenidos de la moral cristiana manifiesta su autenticidad y, al mismo tiempo, difunde toda su fuerza misionera, cuando se realiza a través del don no solo de la palabra anunciada, sino también de la palabra vivida. En particular, es *la vida de santidad*, que resplandece en tantos miembros del pueblo de Dios frecuentemente humildes y escondidos a los ojos de los hombres, la que constituye el camino más simple y fascinante en el que se nos concede percibir inmediatamente la belleza de la verdad, la fuerza liberadora del amor de Dios, el valor de la fidelidad incondicionada a todas las exigencias de la ley del

¹³⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso* 11-III-2006. Cfr. PABLO VI, Ex. ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 5.

¹³⁸ CELAM, *Documento de Aparecida*, n. 145.

¹³⁹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 122.

¹⁴⁰ *Apostolicam actuositatem*, n. 6.

¹⁴¹ Cfr. *ibidem*.

¹⁴² Cfr. cap. IX, § 1 e).

¹⁴³ *Veritatis splendor*, n. 107.

Señor, incluso en las circunstancias más difíciles»¹⁴⁴. Esta realidad ofrece un característico punto de vista en el estudio y la enseñanza de la teología moral que nunca debe olvidarse.

¹⁴⁴ *Ibidem.*